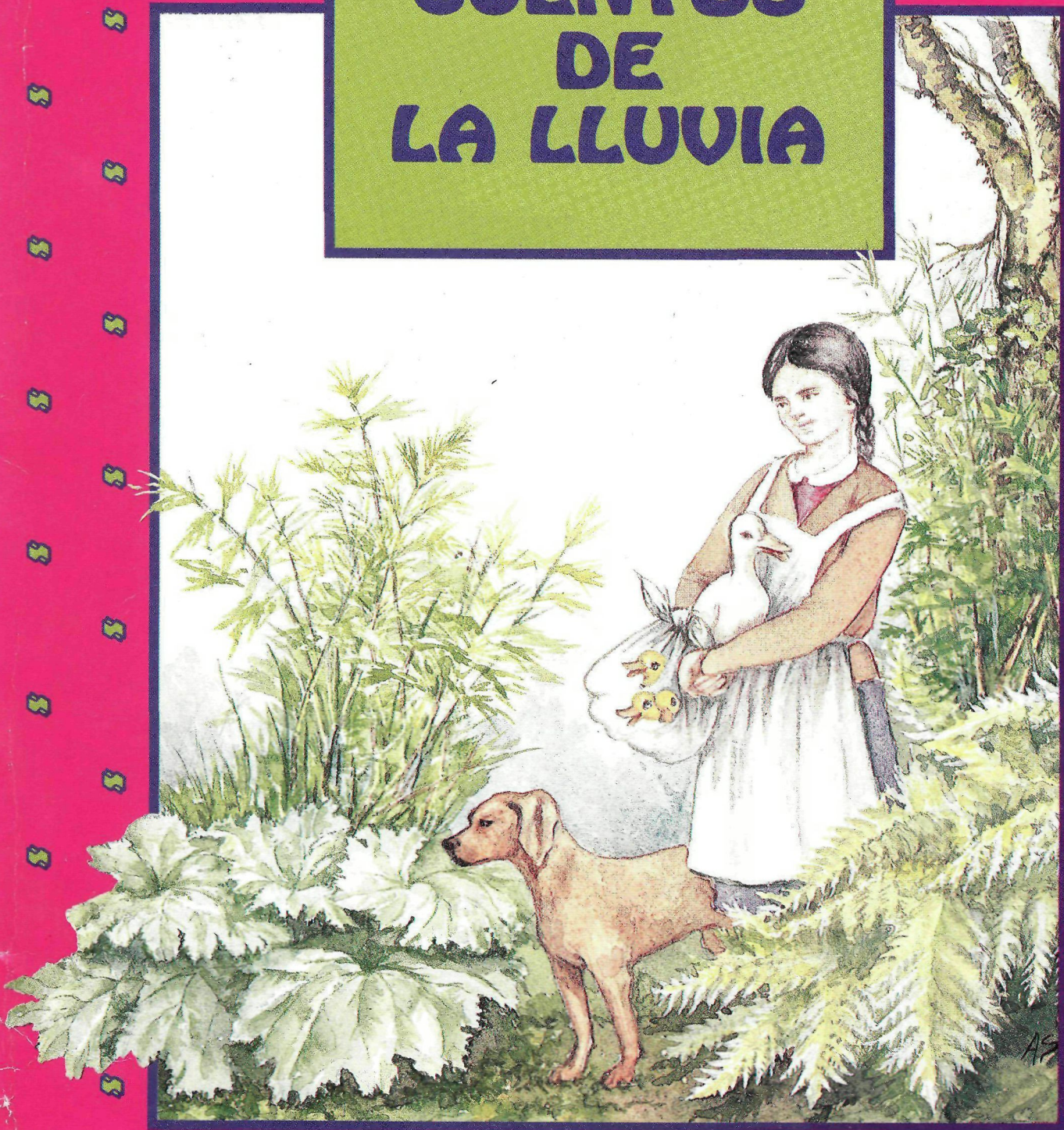


Editorial Andrés Bello

Alicia  
Morel

# CUENTOS DE LA LLUVIA



N.º 74.776-9

*Editorial Andrés Bello*

*ALICIA MOREL*

***Cuentos  
de la lluvia***

*Ilustraciones de  
Alicia Silva E.*



## La cabaña

**A**llá, muy al sur, donde la lluvia tiene su casa, había entre suaves colinas boscosas, una cabaña de maderas grises y techo cubierto de musgo. La misma manta de musgo cubría los tejados de todas las casas; la de nuestra historia tenía además un pequeño manzano que daba unas raras manzanas amarillas, "limonas" las llamaban por su gusto y color. Cuando los niños que vivían en la cabaña, Lilén y sus tres hermanos, salían de paseo a los bosques, conocían su casa desde lejos, gracias al manzano del techo. Por eso su padre, Miguel, nunca quiso arrancarlo, para que sus hijos no se perdieran al volver de los bosques de la montaña. Por cierto que a veces, en la pieza donde dormían los niños, se asomaba una raíz, y la lluvia goteaba sobre sus cabezas. Doña Matilde, la madre, protestaba:

—Hay que cortar ese árbol, un día va a echar abajo el techo.

Pero los cuatro hermanos lo defendían de sus intentos. El manzano, agradecido, les regalaba sus sabrosas frutas a fines del verano.

Junto a la cabaña había dos habitaciones, comunicadas entre sí, que daban protección y calor a la vivienda: una ancha y alta donde palpitaba día y noche el fogón; y otra que servía de leñera y tenía un altillo para guardar cosechas variadas. Una escalera de troncos conducía a

este soberado oloroso, donde se alineaban los sacos y pendían como cabezas rubias, las cebollas.

Por la mitad del campo corría un estero; allí Lilén iba a buscar agua y a veces se entretenía viendo retozar los patos que criaba su madre. El estero atravesaba el camino y desaparecía unas cuadras más allá, en una hondonada profunda; en ese lugar era fácil perderse por lo tupido del bosque.

Todos los días, Miguel subía a la montaña, montado sobre su buen caballo Negro. Tenía que cortar leña, cuidar a sus animales del asalto del puma, o reparar los cobertizos que protegían del frío y de la güiña, a la vaca, a los bueyes y a las aves.

Doña Matilde tampoco se quedaba en casa; en verano ayudaba en las granjas vecinas a hacer almuerzos, y en invierno salía a cuidar enfermos. Cuando llovía mucho, Miguel la llevaba al anca, pero ella se iba casi siempre saltando charcas.

Lilén se hacía cargo de sus hermanos menores como una pequeña madre, aunque todavía no cumplía los doce años. Antonio le ayudaba con los gansos y los pavos; Nora recogía hortalizas para la comida y avisaba con fuertes gritos cuando el más pequeño, Nicolás, corría algún peligro.

Vigilaban la casa dos perros, el Cholo y el Garúa, criados bajo la cocina a leña, siempre llena de brasas, porque "así salían bravos", aseguraba doña Matilde. También los gansos eran buenos defensores, con sus graznidos y sus temibles picotazos.

Antes de alejarse, la madre hacía las mismas advertencias a Lilén:

—Cuida a tus hermanos, sobre todo a Nicolás. No hagas maldades, porque mis ojos te miran desde lejos y ven todo lo que haces.

En las pupilas de la madre brillaba un rayo verde que la hija mayor temía con razón; a su regreso, Matilde descubría de una sola mirada cualquier desastre que hubieran hecho. El castigo venía en seguida, pero lo recibían bien, porque era justo.

Una mañana de pleno verano, al rato de irse los padres, llegaron a la cabaña unos extraños visitantes.

## Los disfrazados

**M**iguel había recortado la quila, planta parecida a un tupido bambú, para que sus hijos tuvieran una especie de terraza y divisaran desde allí quién iba y venía por el viejo camino que cruzaba la hondonada. Lilén acababa de instalar sobre la quila al pequeño Nicolás, entre Antonio y Nora, por si veían aparecer al zorro o al puma.

—Miren bien, porque cuando el zorro anda con hambre, se roba las gallinas a cualquier hora del día.

Lilén se fue a sus quehaceres; retiró unos panes amasados del horno, y los puso sobre la mesa, envueltos en un paño. Echó unos palos al fogón, y estaba terminando de hacer las camas, cuando oyó un grito de Nora.

—¡Lilén, ven a ver unos disfrazados que vienen por el camino!

La niña dejó los plumones a medio tender y corrió a mirar la novedad. Los perros salieron tras ella, con el lomo erizado. Una extraña y colorida procesión avanzaba por el camino; media docena de mujeres arrastraban largas polleras brillantes, levantando polvo; algunas llevaban sus pequeños a la espalda. Lilén se preguntó si no serían princesas de los cuentos que solía contarle su madre cuando en invierno la lluvia se instalaba por semanas y no había mucho qué hacer. No acabó de pensarlo, cuando el desfile se detuvo frente a las trancas. Nora y Antonio, en lo alto de la quila, se pusieron a aplaudir.

–¡Cállense, no sabemos quiénes son! –advirtió Lilén, desconfiada.

Sin esperar que las invitaran, las mujeres atravesaron la tranca y se encaminaron hacia la cabaña por el sendero disparejo, lleno de hoyos. A Lilén no le gustó tanta confianza y advirtió a sus hermanos:

–Escóndanse, yo voy con los perros a ver qué quieren.

Garúa y el Cholo gruñían furiosos, pero Lilén los contuvo, pensando que tal vez las mujeres fueran conocidas de su madre. Rápidas, llegaron cerca de la casa; la más vieja, de rostro oscuro y ojos verdes, preguntó echando por boca y nariz el humo de un cigarrillo:

–¿Cómo te llamas, niña? ¿Está tu madre en casa?

Un instinto le aconsejó ocultar que su madre estaba ausente y no decir su nombre a una desconocida de apariencia fantástica.

–Mi madre anda en la huerta, ya viene –advirtió.

–No molestemos a tu madre, sólo queremos algo de comer.

Sin esperar a que la niña las invitara, se dirigieron hacia la casa y entraron como si tal cosa. Lilén las siguió, con los perros que gruñían junto a sus talones. Las extrañas se lanzaron sobre el envoltorio de los panes, y empezaron a comerlos, hambrientas. Lilén siguió observándolas en silencio, demasiado asombrada con la desfachatez de las intrusas. La más vieja, que parecía mandar al grupo, se acercó a las camas y empezó a tantear las frazadas que doña Matilde había tejido al telar con lana de sus ovejas.

Cuando tocó el plumón, atravesado sobre las cobijas, la mujer lo sacó de un tirón.

–Niña sin nombre, regálame este plumón –dijo la atrevida. Y como si el regalo ya estuviera hecho, se lo metió bajo el brazo. Ante el gesto, Lilén sintió como si insultaran a su madre.

–¡Salgan de aquí! –gritó furiosa–. ¡Les puedo echar los perros!

–Ten cuidado, niña, porque a cambio te puedo echar maldiciones –advirtió la anciana con cara de bruja sonriente.

–Ya nos vamos –dijo una de las jóvenes, cuyo niño empezó a gritar.

Lilén sujetó aún a los perros. La vieja ladina se acercó a la quila y empezó a llamar a los niños, en especial a Antonio:

–Baja, niñito, ven con nosotras a conocer hermosas ciudades, ven, te regalaré una moneda.

La mujer no alcanzó a decir más; Lilén azuzó a los perros gritando:

–¡Agárrenlas, muérdanlas!

Al mismo tiempo se lanzó sobre la de más edad, arrancándole el plumón de un manotazo. Al sentir los mordiscos en los talones, las mujeres salieron corriendo hacia las trancas, mientras sus niños lloraban asustados. Los hermanos, asombrados y temerosos al principio, se pusieron a reír cuando las vieron correr saltando y chillando, con sus hermosas faldas infladas por el viento, y con los perros de atrás. Atravesaron las trancas persegui-



das por las risas y los canes. Entonces la más vieja de las mujeres se dio vuelta y aulló una maldición:

—¡Que se te caiga la casa, que se te quemen los plumones, chiquilla mezquina! ¡Vamos a volver, ya verás, y nos robaremos a tu hermano!

Agregó otras palabras en lengua extraña, lo que a Lilén le causó aún más diversión. Los hermanos aplaudieron y los perros ladraron largo rato, hasta que el colorido desfile desapareció tras un monte.

En la tarde, cuando regresó Matilde, Lilén le contó lo que había ocurrido con las extrañas visitantes. La madre comentó:

—Eran gitanas, recorren el sur durante el verano. No importan los panes, yo se los hubiera regalado. Pero la amenaza de robarse a Antonio, es más seria. Hiciste bien, hija, en echarles los perros, así sabrán que no están indefensos.

Lilén no olvidó nunca la aparición de las gitanas; las siguió viendo en su imaginación como a peligrosas princesas de cuento.

## La Carpintera

**C**ayeron las primeras lluvias otoñales y con ellas aumentaron las nieblas mañaneras y los trabajos de recolección de frutos. Las telarañas amanecían dibujadas por el rocío. El manzano del techo lucía sus "limonas" como gotas de oro. Antonio se preparaba para cosecharlas, esperando el permiso de su padre. Miguel buscaba en los bosques un roble maduro para cambiar las vigas del tejado y meter las raíces del manzano en una especie de cajón, con tierra buena.

—Así no reclamará tu madre que el techo se le viene abajo —dijo al niño.

Una mañana brumosa, sin tener otra cosa que hacer, Lilén y Antonio se subieron al techo del cobertizo para mirar el ternero recién nacido de la vaca. El animal desconfiaba de cualquier visita, como madre celosa. Al sentir las pisadas y ver asomarse unas caras por el techo, la vaca se inquietó y lanzó unos mugidos que entibiaron la niebla.

—¡Venimos a ver al ternero! Queremos bautizarlo —rió Lilén tratando de asir a la vaca por los cuernos.

—Sí, le vamos a poner un nombre —rió a su vez Antonio, haciendo morisquetas al animal—. ¿Te gustaría que lo llamáramos Cornelio, como al vecino? ¿O prefieres Pezuña...

—... o Estrellón? —gritó Lilén en el colmo de la felicidad.

La vaca se enfureció de a poco, dando topones a las paredes de madera, estremeciendo el cobertizo.

—No hagas temblor, porque nos da miedo —se burló Lilén.

La vaca comenzó a dar cabezazos y a enterrar los cuernos en las tablas, como si quisiera echar abajo a los burlones con techo y todo.

—Ah, ya sé cómo te llamaremos, querida vaquita. Si te gusta clavar las paredes, tu nombre será ¡la Carpintera!

Rieron hasta que se cansaron. Al día siguiente la vaca dio menos leche, del disgusto. Doña Matilde entró en sospechas:

—¿Le han hecho algo a la vaca, que está nerviosa? —preguntó a Lilén.

—No le hicimos nada; sólo queríamos ver al ternero, y se enojó, pateando el cobertizo —contestó la niña, diciendo la verdad a medias.

—Les prohíbo acercarse a la vaca: si mañana no da buena leche, los castigaré. Tengo tres vellones de lana para hilar.

Lilén se encogió al pensar en el hilado de lana; era una tarea que no le gustaba, porque su madre exigía que el hilo saliera fino y parejo.

—Oye, Antonio, ya no le haremos más burla a la Carpintera; no creo que te guste andar con el huso, en vez de trepar a la quila y a los árboles.

Pero la vaca no olvidó nunca más las risas de los hermanos, lo que no es raro en los animales. Son sensibles tanto a la burla como al amor.

Poco tiempo después, Lilén salió a buscar agua al

estero, como de costumbre. Tomó el senderillo abierto entre la maleza, canturreando distraída, cuando de pronto un gran bulto le salió al paso. Se paró, sorprendida: ante ella estaba la Carpintera, bufando, lanzando cornadas al aire como si dijera: "¿Crees que te puedes reír de mí y quedarte tan tranquila?"

—¡Vaca mañosa! —gritó la muchachita—. Ya verás, te voy a sacar del camino con un palo.

Sin dejarse atemorizar, dejó el balde a un lado y retrocedió para buscar la picana con que su padre guiaba a los bueyes. Al regresar, encontró a la vaca un poco más adelante, con una de sus patas metida en el balde, mientras borneaba la cabeza y mugía.

Lilén reflexionó: "¿Cómo paso a buscar agua, ahora? Llamaré a los perros, no me queda otra cosa".

Con un largo silbido alertó al Garúa y al Cholo, que llegaron en segundos. Media mañana duró el largo asedio. Entre los perros, que ladraban y arremetían, y la picana que caía una y otra vez entre los cachos de la Carpintera, lograron al fin someterla y hacerla entrar al corral. El balde quedó chueco, la ropa, a medio lavar, y se atrasó el almuerzo. Lilén alcanzó a moler sólo la mitad del trigo que le encargó doña Matilde.

—Menos mal que tiene los cachos torcidos para adentro, si no, me los entierra —contó a Antonio más tarde.

Al enterarse de las agresiones de la vaca, doña Matilde recomendó a sus hijos que tuvieran cuidado.

—Es muy buena lechera, pero si se pone rabiosa y un día se les va encima, tendremos que venderla —comentó.

Miguel fue de la misma opinión.

Pasó el tiempo. Antonio cosechó las limonas doradas y se las comieron en familia, durante la primera lluvia larga. Sentados en torno al fogón, cada uno hacía los trabajos de invierno. Matilde bajó del soberado los vellones para hilar. Junto a ella, Lilén trataba de aprender el duro oficio de torcer la lana, mientras Antonio cardaba una manta recién hecha, que saldrían a vender a la ciudad cercana.

—Lástima que una oveja sea negra —comentó la madre entre sorbo y sorbo de mate.

—Servirá para tejer una manta a rayas blancas y negras —dijo Lilén, siempre imaginativa.

—Sí, hija, ya lo había pensado. Y la harás tú, para el pequeño Nicolás. Siempre inventas cosas nuevas.

Nora recordó la mantequilla de yuyos que a principios del pasado verano les fabricó Lilén.

—¿Te acuerdas cuando nos mandaste a recoger los brotes nuevos del yuyo, porque al comerlos los hallaste sabrosos?

—¿Cómo fue eso? ¿Acaso no tenían buena mantequilla de la leche de la Carpintera? —interrumpió Matilde.

—Bueno, me gusta hacer cosas distintas —dijo Lilén, echando una mirada de reproche a Nora por revelar los secretos de las comidas que hacía a sus hermanos.

—Hasta yo probé esa pasta, una tarde que bajé temprano del cerro —contó Miguel, que fumaba en un rincón, sobando un cuero para poner a su caballo bajo la montura—. Recuerdo unos sorbos de un café muy bueno, que Lilén hizo algunas veces, con pan, porotos o lentejas, todo bien tostado y molido.

—¿Por qué no le haces ese buen café a tu madre? Mañana mismo quiero probarlo —exclamó Matilde, poco celebradora de sus hijos.

—Si usted quiere, pero después no me castigue si no le gusta —murmuró Lilén incómoda porque hablaban de ella.

—Todos queremos de ese café —se atrevió a decir Antonio.

A ratos callaban, y oían el rumor de la lluvia, parejo, como un acompañamiento continuo. Parecía otra conversación, donde cabían todos los silencios y todas las palabras que no se decían.

—Mañana tendré que salir de alba, para llevarle unas hierbas a la comadre Amelia que está con gripe. No alcanzaré a lechar la vaca, encárgate de hacerlo tú, Lilén —dispuso Matilde.

—Veremos si la Carpintera se deja —contestó la muchachita.

Misteriosamente, la vaca permitió que Lilén le sacara leche; de vez en cuando torcía su enorme cabeza hacia la niña, echándole una mirada como un lengüetazo, entre desconfiada y agradecida.

Editorial Andrés Bello

4  
NIVEL

Colección  
Estrella de los Andes